

LA IDEA DE CALIDAD DEMOCRÁTICA

¿UN ISO POLÍTICO?

■ Martín Eugenio Ortiz García*

Calidad: Conjunto de propiedades inherentes a una cosa, que permiten apreciarla como igual, mejor o peor que las restantes de su especie.
Diccionario de la Lengua Española

Los estudios sobre democracia hoy se enfocan hacia la medición de su calidad. Mediante esta tendencia se establecen dimensiones que miden la calidad de los sistemas democráticos. El enfoque asume la existencia de diferentes grados de democracia. Este ensayo apela al análisis de las causas estructurales, políticas y económicas, concretamente para el caso mexicano, que provocan el bajo desempeño del sistema democrático. La técnica de medición resulta insuficiente si no se adoptan las políticas que modifiquen las causas profundas de la insatisfacción ciudadana. Es preciso añadir al enfoque de medición un análisis de causalidad. No basta medir para mejorar. No todo lo que se mide mejora.

Recientemente han proliferado los estudios que intentan medir la calidad de la democracia. El análisis ya no se concentra en torno a los procesos de democratización o de transición hacia la democracia, como ocurría durante los años ochenta y noventa. Hoy, con especial énfasis, se estudia el desempeño que está teniendo «la democracia real» en aquellos lugares en donde ésta pudo instalarse. Después de todo, las dos últimas décadas del siglo XX constituyendo un periodo histórico marcado por el triunfo de la democracia liberal sobre los sistemas autoritarios de diverso cuño ideológico. Igual cayeron dictaduras de derecha que de izquierda, subsistiendo fuera de la órbita democrática el capitalismo de Estado en China y en los estados teocráticos de matriz islámica.

En sí mismo, el concepto de calidad implica un proceso de comparación: ¿es mejor la democracia chilena que la mexicana o la brasileña? Además, la medición en términos de calidad, a la manera de un ISO político, conlleva la idea de estandarización o de certificación de los sistemas democráticos por parte de los organismos medidores.

* Académico del
Departamento de Ciencias
Jurídicas de la Universidad
Iberoamericana (UIA) León
ortizabogado@prodigy.net.mx

En un último análisis, la medición de la calidad emerge como una sutil defensa de la democracia, ante la incapacidad de los sistemas, formalmente democráticos, que en todas partes parecen incapaces de generar bienestar económico y erradicar la desigualdad política y social. Es decir, al evaluarse en términos de calidad, se abre para la democracia una vía

de mejora continua —sólo puede mejorarse aquello que puede medirse— cerrando el paso a todo sentimiento de restauración de los sistemas autoritarios.

Y es que un pueblo con miedo o con hambre, es decir, un pueblo desesperado, siempre es tentado por el discurso de la mano dura. La democracia no está a salvo en medio de un pueblo que vive atemorizado y en pobreza extrema. La búsqueda del Leviatán es casi un instinto natural en toda sociedad, pero esa idea primigenia del Leviatán no está por fuerza asociada al ejercicio de libertades políticas que son, finalmente, producto de una construcción histórica y cultural que puede sufrir procesos de reversión.

En México, la instauración de la democracia procedimental no se ha reflejado en un mejoramiento de las condiciones de vida para millones de mexicanos. Pese a ello, la respuesta deseable no es el abandono del ideal democrático; sin embargo, tampoco lo es la adopción de un enfoque gerencial del problema, mediante la elaboración de intrincados índices de medición y de estandarización. El problema de la disfuncionalidad de los sistemas democráticos es, ante todo, de índole política y económica. El desencanto democrático comienza por un plato vacío y un ciudadano con miedo.

La pregunta entonces no sólo debe plantearse en términos de calidad, sino en términos de causalidad. ¿Por qué los sistemas democráticos no están dando los resultados deseados? He aquí algunos factores a considerar para el caso mexicano.

En primer lugar, porque el modelo económico neoliberal, en países como el nuestro, conlleva la oferta de un mercado laboral de bajo costo. Sin este componente perdemos competitividad. Y si perdemos competitividad la inversión productiva se desincentiva y el problema del desempleo se agrava.

Tampoco podemos activar la competitividad por la vía devaluatoria, porque lo ganado en exportaciones se pierde en inflación. Así, nuestro sistema democrático, inserto en el modelo de economía globalizada, no parece capaz de atender el problema ancestral de la inequitativa distribución de la renta nacional. Los ricos cada vez son menos y cada vez más ricos; las clases medias pierden poder adquisitivo. Los pobres siguen pobres con o sin democracia. El dilema se acentúa porque los trabajadores que están fuera de la economía exportadora ganan menos que los que forman parte de ésta. ¿Cómo entonces zafarnos de los cuernos del dilema?, ¿puede aspirarse a una mayor calidad democrática en medio de un modelo económico que obstruye el acceso a una mayor calidad de vida?

En segundo lugar, México tiene un sistema de recaudación fiscal ineficiente e ineficaz. Se recauda poco y además se gasta mal. Así, la política social resulta insuficiente para compensar los efectos nocivos generados por el modelo económico. Los servicios educativos y de salud son malos. La política de vivienda, limitada por los bajos salarios, oferta micro casas



Sensualidad

de 32m² que provocan hacinamiento urbano y descomposición social. Los gobiernos locales quedan legalmente impedidos para introducir servicios en las colonias irregulares, haciendo irregulares a sus habitantes. En todas partes, los partidos políticos gobernantes corrompen la frágil política social para tejer redes clientelares de rentabilidad electoral.

En tercer lugar está la corrupción y el comportamiento de las élites políticas y económicas. Ni la democracia ni la alternancia elevaron el estándar ético de la política. Lo único que hoy se reparte más equitativamente es la corrupción. Proliferan los negocios que se hacen con el erario público, ya sea para causas personales o para la financiación de dudosas causas políticas.

Ni la democracia ni la alternancia elevaron el estándar ético de la política

En cuarto lugar, presenciamos la incapacidad del sistema presidencial para generar mayorías estables. La democracia sin mayorías produce parálisis institucional. La parálisis, a su vez, provoca el desprestigio de la democracia. La búsqueda idealizada de la exacta proporcionalidad de la representación partidaria termina debilitando al sistema que la arroja. Un diseño constitucional obsoleto es parte del problema. Mientras no se lleve a cabo un rediseño constitucional seguiremos anclados en un inacabado proceso de transición democrática.

Finalmente, asistimos a un debilitamiento del modelo democrático provocado por poderes fácticos que vulneran la soberanía estatal. El Estado tiene patrones o tiene poderosos enemigos que lo desafían. Ante unos, la democracia se convierte en el gobierno de los poderosos para los poderosos. Ante otros, el Estado se ve obligado a desplegar el uso de la fuerza, violando los derechos humanos de una población atrapada en medio de la guerra contra el crimen.

Todo lo anterior vulnera y debilita el sistema democrático. No basta por ende medir su calidad, dejando de lado el análisis de las causas que la disminuyen. Los problemas de fondo siguen siendo políticos y económicos. Las vías de respuesta también. Si no se introducen cambios profundos en el modelo económico y constitucional, seguiremos midiendo los malos resultados. No basta medir para mejorar. ■

REFERENCIAS

Aguilar Camín, Héctor (2000) *México: la ceniza y la semilla*. México: Cal y Arena.

Duhem, Mónica (2006) «La importancia de definir un concepto de calidad de la democracia». En *El Cotidiano*, 140 (21). Noviembre-diciembre. México: UAM-Azcapotzalco.

Morlino, Leonardo (2005) «Calidad de la democracia, notas para su discusión». En *Metapolítica*, 39. Enero-febrero. México.